

GUADALUPE, 1496: UN ASALTO ANFIBIO PIONERO Y SU ECO EN LA *CARTA A SODERINI*

Luis A. ROBLES MACÍAS
Ingeniero Industrial

Resumen

Este artículo reconstruye el asalto anfibio castellano a la isla de Guadalupe en 1496. Las fuentes colombinas dan un relato relativamente completo de la batalla, pero contienen incoherencias y lagunas. Al comparar este relato con el del asalto a Iti en la *Carta a Soderini*, publicada en nombre de Américo Vesputio, se concluye que se trata en realidad de la misma batalla. La fuente vespucciana aclara de hecho algunas de las dudas dejadas por las fuentes colombinas y nos da una visión más coherente y completa de la batalla. Surge también un paralelismo claro con un desembarco castellano anterior, ocurrido en Jamaica en 1494, que puede haber sido el primer asalto anfibio con apoyo de artillería naval de toda la historia. La identificación del relato vespucciano de la batalla de Iti con la batalla real de Guadalupe arroja luz tanto sobre la elaboración de la *Carta a Soderini* como sobre la ejecución de unas operaciones anfibia pioneras para su época.

Palabras clave: guerra anfibia, descubrimiento de América, Cristóbal Colón, Américo Vesputio.

Introducción

ESTE artículo reconstruye en detalle el asalto anfibio a la isla caribeña de Guadalupe, llevado a cabo el 10 de abril de 1496 por un contingente castellano a bordo de dos carabelas capitaneadas por Cristóbal Colón y Juan Aguado, que estaban realizando el viaje de vuelta del segundo viaje colombino a las Indias. Tal y como se explicará en los antecedentes, el combate en Guadalupe reviste gran importancia para la historia de la guerra anfibia por tratarse de uno de los primeros casos de uso de la artillería naval para apoyar un desembarco. Un precedente muy cercano se encuentra en el ataque realizado por el mismo Colón a la isla de Jamaica en mayo de 1494.

Hasta ahora se consideraba que el combate en Guadalupe había sido narrado solo en tres crónicas: la de Bartolomé de Las Casas, la Hernando Colón y la de Antonio de Herrera. Del cruce de estas tres fuentes se obtiene una visión relativamente completa del combate, si bien persisten algunas dudas e incoherencias aparentes. Se mostrará sin embargo que el relato de la batalla de Guadalupe parece haber sido recogido también en una tercera obra pasada por alto hasta ahora: la *Carta* o *Lettera a Soderini*, cuyo apócrifo remitente relata en primera persona cuatro viajes de descubrimiento atribuidos a Américo Vespucio. El autor de la *Lettera* alteró el lugar y la fecha de la batalla, pero por lo demás conservó una serie de informaciones que permiten identificarla, casi sin lugar a dudas, con el asalto anfibio a Guadalupe. La constatación de que la *Carta* contiene un relato real pero correspondiente a un viaje en el que Vespucio, con toda seguridad, no participó es una aportación importante a la cuestión vespuciana. Por otro lado, de la versión del combate recogida en la *Lettera* se pueden extraer algunos datos que aclaran el desarrollo real de la batalla de Guadalupe.

Antecedentes

Guerra anfibia a finales del siglo xv

La guerra anfibia es uno de los tipos de operación bélica más complejos, por la necesidad de coordinación entre unidades terrestres y navales. Hay noticias de operaciones de esta índole desde la antigüedad clásica, pero la historiografía militar se ha centrado principalmente en el estudio de la guerra anfibia reciente, sobre todo la del siglo xx. Son extremadamente escasos los estudios sobre este género de operaciones en la Edad Media y la primera edad moderna, la cual es la época que nos interesa en este artículo. De hecho, hace diez años los editores de la primera obra colectiva dedicada a la guerra anfibia entre los siglos xi y xvii afirmaban que ese período de 700 años constituía «un agujero negro para la historiografía» (1). En la última década han ido apareciendo publicaciones que han contribuido a paliar esa carencia, pero a día de hoy los estudios sobre el particular centrados cronológicamente entre finales del siglo xv y principios del xvi siguen siendo escasísimos.

Y, sin embargo, una de las innovaciones más importantes en la historia de la guerra anfibia tuvo lugar a finales del siglo xv. Mientras que hasta entonces, en los ataques anfibios, las flotas se habían limitado a transportar la fuerza invasora hasta la costa y a ahuyentar a los barcos enemigos, por esas fechas algunas marinas europeas empezaron a apoyar los desembarcos con su artillería naval. La historiografía considera que el caso más antiguo de asalto anfibio con fuego naval de apoyo a tierra data de septiembre de 1494, en la batalla de Rapallo (cerca de Génova, Italia) (2). Allí, un ejército de unos 4.000 hombres

(1) TRIM y FISSEL, p. 10.

(2) *Ibidem*, p. 443.

del reino de Nápoles había ocupado esta población costera, que carecía de fortificaciones o artillería de defensa. Pocos días después, una flota francesa llegó a Rapallo y desembarcó sin oposición un contingente de mercenarios suizos que poco después trabó combate con las tropas napolitanas allí apostadas. Los suizos pasaron apuros porque no tenían espacio para formar, pero la artillería del buque insignia francés les salvó al bombardear a placer a los napolitanos. Mientras, otro pequeño ejército francogenvés avanzaba por tierra sobre el flanco napolitano. Los napolitanos huyeron en desbandada y sufrieron una dura derrota (3).

La batalla anfibia de Guadalupe, de la que este artículo trata principalmente, tuvo lugar en abril de 1496, apenas año y medio después de Rapallo. Más aún: un combate bastante similar ocurrió en Jamaica en mayo de 1494, unos meses antes de Rapallo. Estos datos cronológicos sirven para dar una medida de lo innovador que fue el uso de la artillería naval por los castellanos en sus asaltos anfibios durante los primeros años de la conquista de América.

Descubrimiento de las islas de los Caníbales en 1493

La isla de Guadalupe pertenece al grupo de las Pequeñas Antillas y está situada en un lugar estratégico, ya que frente a esta isla, y a las vecinas MariGalante y Dominica, desemboca el gran corredor de vientos y corrientes que conduce de manera natural a las naves de vela desde las islas Canarias hasta el Nuevo Mundo. Durante más de tres siglos, los derroteros españoles recomendarían esta ruta como la manera más rápida de dirigirse a América.

A finales del siglo xv, Guadalupe estaba habitada por un pueblo al que los descubridores castellanos denominaron «caribes», «canibas» o «caníbales». Esta etnia ocupaba también otras islas de las Antillas y algunas costas del norte de Sudamérica. Durante el primer viaje de Colón (1492-1493), los descubridores no pasaron por las Pequeñas Antillas, pero los indígenas de La Española les hablaron de una isla, «la segunda a la entrada de las Yndias», cuyos habitantes eran «muy feroces» y comían «carne [h]umana» (4).

El 3 de noviembre de 1493, la gran armada de 17 naves enviada a las Indias al mando de Colón (el denominado segundo viaje colombino) descubrió las Pequeñas Antillas. De las numerosas crónicas que relatan este episodio me basaré sobre todo en las de dos testigos presenciales: el doctor Diego Álvarez Chanca y el aventurero Michele Cuneo. En la isla llamada por los indígenas Turuqueira, que Colón bautizó Guadalupe, desembarcó el capitán de una carabela, que se acercó a unas casas. Los habitantes huyeron y el capitán se llevó a las naves dos papagayos, un poco de algodón y «cuatro o cinco

(3) LABORDE, pp. 400-401; CLOUGH.

(4) Carta de Cristóbal Colón al escribano de ración, fechada «sobre las islas de Canarias» a 15 de febrero de 1493. Impresa probablemente en el taller de Pedro Possa, en Barcelona, en abril de 1493.



Las «islas de Caníbales» en el mapa de Juan de la Cosa (1500). Guadalupe es la isla mayor del grupo, coloreada en verde. Juan de la Cosa iba a bordo de las carabelas que recalaron en Guadalupe tanto en 1493 como en 1496

huesos de brazos y piernas de hombres», por lo que los descubridores se dijeron «que aquellas islas eran las de caribe que son habitadas de gente que comen carne humana» (5). Empezaba así la estigmatización de los caribes como pueblo antropófago y, por tanto, legítimo objeto de guerra y esclavización por parte de los europeos.

Más tarde, en otro punto de la misma isla de Guadalupe, desembarcaron otras partidas —una de ellas, al parecer, sin permiso de Colón (6)— que capturaron a más de treinta mujeres, dos hombres y varios muchachos. Algunas de estas presas eran caribes, pero otras pertenecían a pueblos rivales que se encontraban en la isla como esclavos. Colón enviaría algunos a los reyes como muestra en 1494 (7). Los castellanos constataron la inferioridad militar de los indígenas ya que, según observa Chanca, sus armas «son flechas en lugar de hierros», que a gente sin armadura, «como son todos, es cosa que les puede matar y hacer harto daño, pero para gente de nuestra nación no son armas para mucho temer».

La armada de Colón prosiguió su ruta por las Pequeñas Antillas y en otra isla a la que llamó Santa Cruz, también poblada por caribes, volvió a desem-

(5) Carta del doctor Diego Álvarez Chanca al cabildo de Sevilla, transcrita en GIL y VARELA, pp. 157-158. En todas las citas de este cronista he modernizado la ortografía para facilitar la lectura.

(6) COLÓN, cap. XLVII. Según Cuneo, esa partida desembarcó para robar.

(7) CUNEO, Michele: *Carta a Hieronymo Annari* (Savona, 15 y 28 de octubre de 1495). Transcrita en PÉREZ DE TUDELA, doc. 316, p. 854.

barcar tropas que capturaron a varios habitantes. Cuando el batel con la partida de desembarco regresaba a las carabelas, sus ocupantes vieron una canoa con siete indígenas a bordo. Los europeos atacaron la canoa sin mediar provocación, la hundieron y, a pesar de que los caribes se defendieron heroicamente («con mucha osadía», según Chanca), los apresaron a todos. En la refriega murió un indio y fueron heridos dos europeos (8). Colón entregó a Michele Cuneo una de las caribes capturadas, contra la que el amigo del Almirante perpetró una violación (9).

Con estos antecedentes tan violentos, no es de sorprender que en 1496 los hombres de Colón se encontraran en Guadalupe con un recibimiento hostil por parte de los indígenas. ¿Hubo algún otro contacto entre caribes y europeos entre el descubrimiento de 1493 y el retorno de Colón en 1496? No hay constancia, pero tampoco sería de extrañar. Entre 1494 y 1495 zarparon de Andalucía tres expediciones con provisiones para los colonos de La Española, y es probable que al menos alguna de ellas recalase en Guadalupe o en alguna de las islas cercanas, dada su situación geográfica y máxime cuando algunas de estas expediciones fueron guiadas por pilotos que habían participado en el viaje de 1493. Se sabe también que en febrero de 1495, por orden de Colón, Antonio de Torres intentó regresar a Europa a través de las Pequeñas Antillas. Los vientos contrarios le hicieron perder un mes, de modo que al final desistió de su empeño y siguió la ruta natural, es decir rumbo nordeste hacia las Azores. En cualquier caso, si estas expediciones de suministro recalaron en Guadalupe no nos han dejado ninguna noticia sobre su posible interacción con los indígenas.

Batalla anfibia en Jamaica

En mayo de 1494, una expedición capitaneada por Colón descubrió la isla de Jamaica y entabló un combate con los indígenas que, como veremos, tiene ciertos puntos en común con la batalla de Guadalupe de 1496. Para comprender lo ocurrido hay que cotejar varios relatos diferentes.

Según la *Historia del Almirante*, de Hernando Colón (10), el lunes 5 de mayo las tres carabelas capitaneadas por su padre fondearon en la costa jamaicana, y a ellas acudió gran cantidad de gente en canoas. Al día siguiente, cuando las lanchas de las carabelas estaban buscando un puerto, fueron rodeadas por canoas con indígenas armados y hostiles, por lo que las lanchas regresaron a los navíos, rehuyendo el combate. Tras este encuentro, Colón ordenó no amilanarse, para que los indígenas no se envalentonaran, y en otro puerto, llamado Puerto Bueno, las lanchas bajaron de nuevo al agua y esta vez sí entablaron combate con unos indios que les arrojaban lanzas desde unas canoas.

(8) CHANCA, pp. 161-162.

(9) PÉREZ DE TUDELA, p. 855.

(10) COLÓN, cap. LIV.

Los de las lanchas hirieron «a seis o siete» con sus ballestas. Tras esta escaramuza, los indios se acercaron pacíficamente a las carabelas en sus canoas, sin mostrar ya hostilidad. Fray Bartolomé de Las Casas recoge la misma versión del relato que don Hernando, añadiendo solo comentarios sobre cuánta razón asistía a los indígenas en defender su territorio (11).

Hay sin embargo un testigo presencial que nos ha legado una versión más completa, y probablemente más exacta, de los acontecimientos. Se trata de Michele Cuneo, quien en su crónica afirma que, al llegar a la «isla Iamahich», los expedicionarios encontraron «un puerto óptimo muy poblado» en el que fondearon. De repente se encontraron (se supone que a bordo de las carabelas) rodeados de unas sesenta canoas, y para espantarlas dispararon diez o doce salvas de fogueo con sus bombardas. Los indígenas huyeron a tierra pero, cuando los cristianos intentaron desembarcar, los recibieron a pedradas. Las lanchas dieron media vuelta y regresaron a las naves. Entonces los cristianos decidieron — Cuneo no nos dice si a iniciativa de Colón— armar las lanchas con ballestas y bombardas y regresar a tierra. Cuando los indígenas aparecieron de nuevo para lanzarles piedras, la respuesta fue contundente: los ballesteros mataron a dieciséis o dieciocho indios, mientras que las bombardas abatieron a cinco o seis más. Este combate, precisa Cuneo, tuvo lugar después del atardecer, y esa misma tarde las lanchas regresaron a las carabelas. No aclara si llegaron a desembarcar o no. Al día siguiente, los cristianos regresaron «para combatir», pero esta vez los indígenas los recibieron con los brazos en cruz implorándoles misericordia, de manera que pudieron desembarcar ya sin oposición (12).

El relato de Cuneo nos revela unos hechos más crudos de los que recoge la versión de Hernando Colón, que en comparación con aquella parece edulcorada. Pero no es este punto el que nos interesa destacar aquí. Lo que deseamos subrayar es un detalle que aporta Cuneo relativo a la táctica militar castellana: el de que los hombres de Colón no solo montaron con ballestas en las lanchas, sino que las equiparon con artillería.

Una tercera fuente, la crónica de Andrés Bernáldez, que habló con Colón en su casa justo después del regreso de este en 1496, aporta aún algunos detalles suplementarios al relato. Esta versión coincide por cierto con la contenida en una de las cartas del *Libro copiadore de Colón*, manuscrito aparecido en 1989 (13). Bernáldez omite la descarga de fogueo de las carabelas y dice que, cuando Colón envió una barca a reconocer la entrada de un puerto, le salieron al encuentro dos canoas que le «tiraron muchas varas». Los de la barca sí se defendieron, contrariamente a lo que afirma don Hernando, y pusieron en fuga a las canoas. A continuación, las carabelas entraron en el puerto y los castella-

(11) LAS CASAS, cap. XCIV.

(12) PÉREZ DE TUDELA, p. 864 (ff. 38v-39r del original de CUNEO).

(13) Carta-relación del Almirante a los Reyes Católicos acerca de la exploración de las islas Española, Cuba y Jamaica. La Isabela, 26 de febrero de 1495. Texto reproducido en PÉREZ DE TUDELA, doc. 256. El pasaje sobre la batalla de Jamaica se encuentra en las pp. 728 y 729.

nos avistaron en la costa gran cantidad de indígenas en son de guerra. El Almirante ordenó armar las tres barcas de las carabelas para atacarles, ya que «no era razón dejarlos en aquella osadía sin pena, porque otra vez no se atreviesen así». Según Bernáldez, los de las barcas se acercaron a la costa y dispararon sus ballestas (no menciona bombardas) contra los jamaicanos, que empezaron a atemorizarse. Los castellanos desembarcaron, siguieron disparando y soltaron un perro de combate que terminó de poner en fuga a los indígenas. Al día siguiente, una embajada de seis de estos bajó a la playa y pidió paz.

Si se combina el relato de Cuneo con el de Bernáldez, resulta un desembarco anfibio realizado por tres lanchas armadas con ballestas y bombardas. Este uso de artillería naval en embarcaciones ligeras de desembarco es una innovación remarcable que anticipa la táctica que aplicaría el mismo Colón en Guadalupe dos años más tarde. Es importante hacer notar que, además, la batalla de Jamaica es anterior en unos cuantos meses a la mencionada de Rapallo, que pasa por haber sido el primer combate anfibio con apoyo de artillería naval de la historia.

La batalla de Guadalupe de 1496 según las fuentes colombinas

La batalla que ocurrió en Guadalupe en 1496 se conocía hasta ahora solo por tres fuentes, muy relacionadas entre sí: la *Historia del Almirante* de Hernando Colón (14), la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas (15) y las *Décadas* de Antonio de Herrera (16). Las dos primeras debieron de basarse para este episodio en un mismo relato, hoy perdido, del propio Cristóbal Colón, si bien presentan entre sí pequeñas variantes. La crónica de Herrera está basada casi íntegramente en la versión de Las Casas, aunque aporta un interesante detalle adicional. En esta sección se seguirá principalmente la narración del dominico, añadiendo los detalles proporcionados por don Hernando y por Herrera cuando sea preciso.

El 10 de marzo de 1496, las carabelas *Niña* y *Santa Cruz*, al respectivo mando de Cristóbal Colón y Juan Aguado, zarparon de La Isabela (en La Española) para emprender el viaje de regreso a Europa. Aguado había llegado a la isla seis meses antes con cuatro carabelas, que se hundieron en el puerto a causa de un huracán junto a otras dos naves allí presentes. La *Santa Cruz* fue construida en La Isabela con los materiales rescatados de este naufragio.

A bordo de la *Niña* y de la *Santa Cruz* iban «doscientos y veinte y tantos hombres y más treinta indios» (don Hernando da el dato de «225 cristianos y 30 indios», entre los cuales se hallaba el rey Caminabo), si bien no todos los cristianos estaban en condiciones de luchar, porque varios iban enfermos. Los

(14) COLÓN, caps. LXII y LXIII.

(15) LAS CASAS, cap. CXI, pp. 453-455.

(16) HERRERA Y TORDESILLAS, libro III, pp. 81-82.

dos jefes, Colón y Aguado, andaban a la greña tras haber tenido «hartos enojos y barajas» antes de partir, según recoge Las Casas.

En las últimas décadas han salido a la luz los nombres de al menos 101 de los participantes en este viaje (17). Treinta y seis de ellos, cuyos nombres se recogen en el cuadro que ofrecemos a continuación, tenían oficio militar, incluyendo siete ballesteros y dos lombarderos, es decir artilleros. Uno de los dos lombarderos, Antonio de Puertos, era un veterano que había participado en el sitio de Baza de 1489, durante la guerra de Granada (18).

HOMBRES DE ARMAS A BORDO DE LAS CARABELAS EN GUADALUPE (ABRIL DE 1496). LA LISTA NO INCLUYE A SIETE «HOMBRES DE A PIE» NI A GENTE DE OTROS OFICIOS QUE TAMBIÉN PUDIERON PARTICIPAR EN EL COMBATE

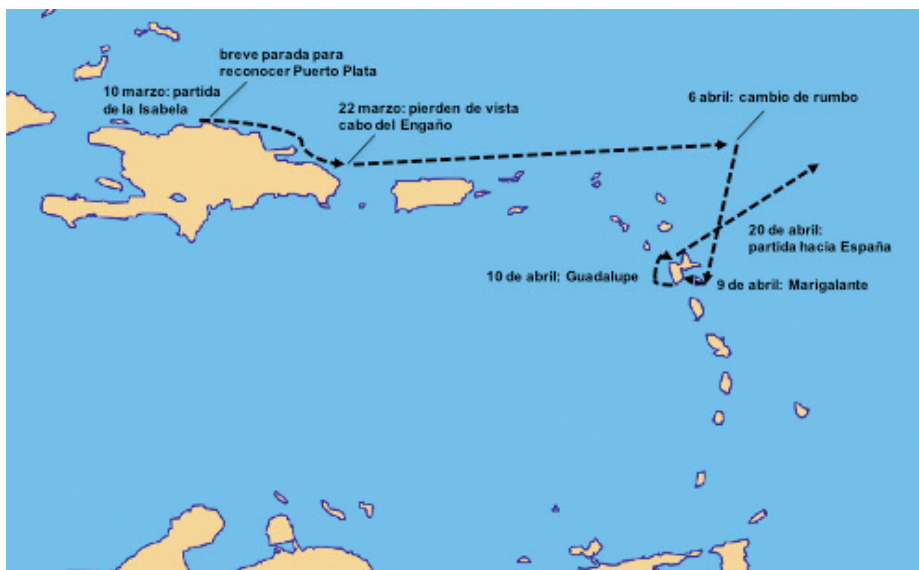
<i>Oficio</i>	<i>Cantidad identificada</i>	<i>Nombres identificados</i>
Lombarderos	2	Antonio de Puertos, Roldán.
Ballesteros	7	Blasco de Santa María, Gilberto, Gregorio de Asexas, Lázaro de Cáceres, Luis de Salinas, Pedro de Escalante, Ortuño Vizcaíno.
Espaderos	4	Alonso de Arévalo, Antonio de Poblet, Pedro de Pineda, Pedro del Castillo.
Maestro mayor de fortalezas y navíos	1	Miguel de Acevedo.
Trompetas	3	Alonso de Valladolid, Andrés del Castillo, Juan Franco.
Escuderos	19	Bartolomé de Morales, Fernando de Córdoba, Francisco Barrasa, Francisco Vargas, Juan Cerón, Juan Pérez de Molina, Luis de Mayorga, Pedro de Arroyal, Fernando González de la Zafra, Juan Pérez Caravallo, Alonso Bravo, Antón de la Puebla, Fernando de la Mora o Morería, García de Villanueva, Juan de Salaya, Lorenzo de Jerez, Martín de Luna, Pedro de Ronda, Pedro de Trujillo.
TOTAL	36	

Colón puso rumbo al este, desde La Isabela, para dirigirse a España. Es una decisión difícil de justificar, sobre todo tras el fracaso de Antonio de Torres poco tiempo atrás al enfilarse la misma ruta. El investigador Samuel Morison, quien reconstruyó las rutas seguidas por Colón y el cual en general no escatima elogios hacia el Almirante, consideró que en este caso la ruta fue muy mal elegida («very ill chosen») y afirmó que Colón tuvo suerte de que no se le muriesen de hambre la mitad de sus pasajeros y tripulantes (19).

(17) LEÓN GUERRERO, apéndices II y III.

(18) Archivo General de Simancas (AGS), Registro General del Sello (RGS), leg. 148909, f. 305. Que se guarde a favor de Antonio de Puertos, lombardero, vecino de Cuenca, la pragmática de oficiales reales de 1419. Real de Baza, 27 de septiembre de 1489.

(19) MORISON, p. 497.



Reconstrucción del itinerario seguido por las carabelas de Colón y Aguado.
(Elaboración propia)

Las dos carabelas avanzaron lentamente hacia el este, contra los vientos y corrientes dominantes, y el 22 de marzo perdieron de vista el último cabo de La Española. Varios días después (el 6 de abril según don Hernando), Colón ordenó poner rumbo sur porque no había cargado alimentos suficientes en La Isabela. Pretendía así tomar provisiones en las islas que por aquel entonces se llamaban «de los Caníbales». El 9 de abril fondearon en la despoblada isla de Marigalante, y el domingo 10 de abril siguiente llegaron a la cercana de Guadalupe.

Tanto Las Casas como don Hernando afirman que Colón envió a tierra barcas «bien armadas». Debía de tratarse del mismo tipo de bateles o lanchas ya mencionados anteriormente en Jamaica. Ninguna de las dos crónicas da detalles sobre qué armamento en concreto llevaban estas barcas (los soldados ¿portaban solo sus armas individuales, o también iban pertrechados con alguna pieza de artillería?). El objetivo de las barcas era desembarcar en Guadalupe, pero sus ocupantes desistieron de su pretensión «porque hacía mucha mar» y «salieron del monte muchas mujeres con sus arcos y flechas para defender que no desembarcasen». Dos indios de La Española que iban a bordo de las barcas fueron enviados a nado a la playa, a parlamentar con las mujeres. Los indios explicaron que los cristianos solo querían alimentos, y las mujeres les «respondieron que se fuesen a la otra parte de la isla, donde estaban sus maridos en sus labranzas y que allí hallarían recaudo». Don Hernando precisa que la otra parte de la isla era «el lado de tramontana», o sea el norte.

Así pues, los cristianos se dirigieron a la banda norte de Guadalupe y, «yendo los navíos junto con la playa», sufrieron un ataque por sorpresa de los

indígenas. Como cuenta Las Casas, «salieron infinitos indios dando alaridos y echando millares de flechas a los navíos», pero sin ningún efecto porque «no alcanzaban». Entonces «fueron las barcas a tierra», es decir los cristianos iniciaron un asalto anfibio. En este punto divergen ligeramente las narraciones de Las Casas y de don Hernando. El dominico afirma que «los indios resistieron con sus armas» contra las lanchas, mientras que Hernando Colón da cuenta de una táctica diferente: los indios inicialmente habían estado «en la ribera» pero, «viendo que las barcas armadas querían tomar tierra», no permanecieron estáticos sino que «se retiraron a una emboscada y, cuando los nuestros llegaron a tierra, los asaltaron para impedirles desembarcar». En cambio, ambas crónicas concuerdan en que los indios terminaron huyendo hacia los bosques del interior de la isla cuando las bombardas de los navíos abrieron fuego, causándoles pavor a tenor de la *Historia del Almirante* y algunas bajas según Las Casas. Aquí Antonio de Herrera difiere ligeramente de los otros dos cronistas al afirmar que los indios huyeron a los montes porque «de las Barcas se les tiraron algunos Esmeriles, i hicieron daño» —la palabra «esmeril» designa una pieza pequeña de artillería—. Así que, según Herrera, la artillería que ahuyentó a los indígenas iba montada en las barcas, no en las carabelas. Este detalle es, como veremos, muy significativo.

En cualquier caso, los cristianos quedaron dueños de la playa y del poblado indígena. Este combate constituye el segundo uso conocido de artillería naval en el Nuevo Mundo, tras el combate de Jamaica de 1494. También se trata de uno de los casos más antiguos documentados de asalto anfibio con apoyo artillero, posterior en solo año y medio al de los franceses en Rapallo. Merece la pena señalar que, aunque los indígenas habían perpetrado su ataque con flechas al parecer por sorpresa, el asalto anfibio fue premeditado, pues las barcas que se aproximaron inicialmente a la costa sur de Guadalupe iban ya «bien armadas». Colón se había dirigido a aquella isla porque necesitaba provisiones, y las iba a conseguir por la fuerza si era preciso.

Hay un aspecto de los relatos de Las Casas y Hernando Colón que no queda del todo claro. Las barcas bien armadas que parlamentaron inicialmente con los indígenas ¿regresaron después a las carabelas, o se dirigieron por sí solas a remo hasta la costa norte de la isla? Ambas crónicas utilizan la palabra «navíos» en el relato de la batalla, lo cual sugiere que se trataba de las carabelas. Estas debieron de dar la vuelta a la isla a vela y, después, soltar de nuevo sus barcas, cargadas de hombres de armas, contra los indios flecheros. Otro punto que resulta confuso es en qué momento la artillería castellana se puso a disparar contra los caribes. De las dos crónicas parece desprenderse que fue hacia el final de la batalla, cuando los indígenas estaban enzarzados con las tropas recién desembarcadas. Sin embargo, de haber sido así, el riesgo de bajas por fuego amigo entre los castellanos habría sido bastante alto.

Volviendo al relato de Las Casas, tras la batalla los cristianos procedieron a saquear y destruir el poblado caribe. A través del dominico nos llega la lista de los objetos capturados que llamaron la atención de Cristóbal Colón: guacamayos, miel y cera, a los cuales don Hernando añade telares y unas sorprenden-

tes hachas de hierro que, sin embargo, no parecen haber sido utilizadas en el combate. Don Hernando también menciona «un brazo de hombre puesto a asar» que Las Casas omite. Pero lo más importante para los hombres de Colón era conseguir alimentos, y por eso enseguida el contingente desembarcado se puso a fabricar pan de yuca (*cazabí* en lengua arawak) con lo hallado en el poblado. Según Hernando Colón, produjeron alimento para veinte días, que era tanto como lo que quedaba en aquel momento en las bodegas de las carabelas. También recogieron agua y leña.

Entretanto, Colón envió un destacamento de cuarenta hombres para reconocer el interior de la isla. Volvieron con prisioneros: tres muchachos y diez mujeres. Entre estas últimas se contaba una mujer importante («la señora del pueblo y, por ventura, de toda la isla», según Las Casas, o solo «la mujer de un cacique» en el relato de don Hernando). El Almirante dejó escrito que aquellas mujeres de Guadalupe «debían tener las costumbres que se cuentan de las Amazonas», a juzgar por lo que vieron y oyeron de las prisioneras. Las Casas omite en su crónica el apunte de Colón sobre las mujeres, pero don Hernando sí lo incluye, y con bastantes detalles. Al parecer, a través de la señora caribe los cristianos descubrieron que los arqueros que habían tratado de impedir el desembarco de las lanchas en la playa habían sido todos mujeres, salvo cuatro hombres.

El 20 de abril las dos carabelas hicieron vela hacia la península ibérica, pero antes Colón decidió liberar a los prisioneros —salvo a la señora caribe y a su hija— y regalarles «algunas cosillas de Castilla» para congraciarse con ellos. Según parece, tomó esta decisión porque se daba cuenta de que la isla de Guadalupe «estaba en el paso» o, como dice don Hernando, «era como una escala, y puerta para las otras islas», es decir un punto estratégico en la ruta natural desde Canarias hasta La Española. Las Casas ironiza sobre este aparente gesto de buena voluntad de Colón, tardío, muy limitado y manifiestamente insuficiente, ya que los habitantes de Guadalupe seguirían evidenciando hostilidad hacia los españoles hasta al menos el siglo XVII (20).

Asalto anfibio a la isla de Iti en la *Lettera a Soderini*

La *Lettera a Soderini* es una obra que narra en primera persona cuatro viajes que el florentino Américo Vesputio supuestamente habría realizado a las Indias. Fue publicada en italiano hacia 1504 o 1505, probablemente en Florencia, con el título de *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi*. En 1507 se publicó en Saint-Dié des Vosges

(20) Por ejemplo, en 1632, el explorador Nicolás de Cardona observó que en Guadalupe «los indios no son nada dóciles». *Descripciones geográficas e hydrográficas de muchas tierras y mares del Norte y Sur en las Indias, en especial del descubrimiento del Reino de la California hecho con trabajo e industria por el capitán y cabo Nicolás de Cardona*. Manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de España (BNE), sign. Ms. 2468, 1632, p. 14.

(Lorena) una versión en latín titulada *Quattuor Americi Vesputii Navigationes*, que tuvo gran difusión por toda Europa. Existen además varias versiones manuscritas en italiano (21). La cuestión de la autenticidad de esta obra ha hecho correr ríos de tinta, enfrentando a quienes defendían que el texto había salido de la mano del mismo Vespucio con los que la consideraban una burda falsificación. Hoy día la comunidad historiográfica se orienta hacia posiciones intermedias (22).

El relato del primero de los cuatro viajes narrados en la *Lettera* contiene una narración bastante vívida de una batalla acaecida supuestamente hacia 1498, en una isla llamada Iti, entre «cristianos» miembros de una expedición castellana e indígenas. En realidad, el relato abarca dos batallas diferentes: la del primer día es un asalto anfibio con apoyo de artillería naval, y la del día siguiente, un combate más convencional en tierra. El texto completo se encuentra transcrito en el apéndice de este trabajo.

El autor de la *Lettera* afirma haber viajado en una flotilla de pabellón castellano que, tras múltiples peripecias a lo largo de trece meses de travesía por las Indias, fondeó en un gran puerto, cuyo nombre no indica, para reparar sus naves. Allí, los expedicionarios congeniaron con los naturales, que les hablaron de unas islas distantes unas cien leguas desde las que les atacaban tribus enemigas de antropófagos. Los castellanos decidieron lanzar una operación de castigo contra esas tribus y, al partir, autorizaron a embarcar con ellos a siete de estos indios aliados.

Tras navegar siete días con rumbo estenordeste («infra greco et levante»), llegaron a un archipiélago que comprendía islas tanto desiertas como habitadas. Según la versión impresa de la *Lettera*, el tiempo total de navegación fue de siete días, pero de la versión manuscrita contenida en el denominado Códice Amoretti podría entenderse que se prolongó dos semanas: primero, siete días hacia el estenordeste, y después, con rumbo no especificado, otros siete días hasta ver tierra.

Las naves se dirigieron a una isla habitada que, según la *Lettera*, se llamaba Iti. Los castellanos prepararon lanchas («battelli») —no dice cuántas—, que armaron con soldados escogidos («buona gente») y con tres piezas de artillería cada una. También iban a bordo varios indios para hacer de intérpretes. Las lanchas partieron hacia la orilla y avistaron más de cuatrocientos hombres y muchas mujeres, todos desnudos, armados con arcos y flechas, lanzas y escudos pequeños cuadrados. Todos los guerreros tenían el cuerpo pintado y adornado con plumas, señal de que iban en son de guerra.

Cuando las lanchas se acercaron tanto a la orilla que quedaron a tiro de arco, los indígenas saltaron al agua y comenzaron a lanzar flechas a los invasores. Los cristianos, dice la *Lettera*, se vieron obligados a disparar su artillería. Algunos indígenas cayeron muertos (la versión Amoretti da la cifra de

(21) Para una reconstrucción del stemma de la obra, con todas las versiones impresas y manuscritas salvo la del Códice Amoretti, véase MCINTOSH.

(22) FORMISANO y MASETTI, pp. 73-74.

entre 36 y 40 bajas), y entre eso y el estruendo de las descargas, todos los demás salieron huyendo hacia tierra.

Los asaltantes hicieron una pausa para deliberar («nuestro consilio») y acordaron desembarcar y combatir. La cifra de soldados desembarcados varía entre las dos versiones de la *Lettera* (cuarenta y dos atendiendo a la impresa y sesenta según la manuscrita). Ya en tierra trabaron combate con los indígenas, contra quienes lucharon cerca de una hora pero con poco éxito, ya que no conseguían acercarse lo suficiente para asestarles golpes de lanza o espada. Solo pudieron causar bajas al enemigo los soldados que disparaban con ballesta o espingarda —un arma de fuego individual de cañón alargado—. Los indígenas también hirieron a algunos cristianos.

Finalmente, los cristianos lograron aproximarse hasta llegar al combate cuerpo a cuerpo, y ahí sus armas y protecciones de metal por fin resultaron decisivas. Los indígenas huyeron por montes y bosques, dejando muchos muertos y heridos en el campo de batalla. Llegados a este punto —dice la *Lettera*—, los asaltantes, visiblemente cansados, renunciaron a lanzar una persecución y retornaron a sus naves. Los indios que acompañaban a los cristianos sobrevivieron todos y no cabían en sí de gozo al haber logrado derrotar a sus acérrimos enemigos.

Dos versiones de una misma batalla

Las coincidencias entre el asalto anfibio narrado en la *Lettera* y la operación de Colón en Guadalupe son numerosas. En ambos casos los castellanos parten con indios aliados hacia unas islas donde habitan tribus enemigas a las que acusan de practicar la antropofagia; en ambos casos preparan lanchas bien armadas, en las que embarcan algunos indios como intérpretes; en ambos casos, en fin, los habitantes de la isla reciben a los cristianos a flechazos, contándose mujeres entre los arqueros. La artillería castellana mata a algunos indígenas y asusta a los demás, que huyen. Los castellanos consiguen desembarcar y, tanto según la *Lettera* como de acuerdo con Hernando Colón, luchan en tierra con los indígenas y, tras el encuentro, quedan dueños del campo de batalla.

El uso de bombardas a bordo de las lanchas de desembarco descrito en la *Lettera* no se menciona explícitamente en los relatos de Las Casas o de don Hernando, pero concuerda plenamente tanto con la versión de Antonio de Herrera como con lo narrado por Michele Cuneo sobre la batalla de Jamaica de 1494.

En fin, otras similitudes más circunstanciales son que la isla de los antropófagos está a una distancia considerable hacia el este respecto a la isla donde viven los indios aliados; que los castellanos tardan una o dos semanas en arribar allí según la *Lettera* —frente a los dieciocho días del relato colombino—, o que el archipiélago avistado incluye algunas islas desiertas, lo cual recuerda a la despoblada Marigalante, vecina de Guadalupe.

Las divergencias entre las dos fuentes atañen sobre todo al nombre de la isla —Iti según la *Lettera*, el cual ha sido identificado tradicionalmente con Haití (La Española) por los historiadores— y la fecha, que la *Carta* no da explícitamente pero que otros datos anteriores y posteriores permitirían situar en algún momento de 1498. En la narración de la *Lettera* falta la primera fase del relato colombino: el encuentro con las mujeres en la costa sur de la isla, y por el contrario el combate anfíbio se prolonga con una batalla terrestre al día siguiente, en la que los cristianos logran una gran victoria, destruyen el poblado indígena y capturan cientos de prisioneros a los que esclavizan. En la narración colombina, dichos cristianos saquean y destruyen el poblado, pero sin entablar ninguna otra batalla. Por último, los motivos evocados para el ataque a la isla son muy diferentes en los dos relatos; y así, mientras que Colón lo realiza para conseguir provisiones, la *Lettera* pretende que el lector crea que Vesputio y sus compañeros se dirigieron a guerrear a Iti por puro altruismo hacia sus aliados indios.

Las discrepancias entre las dos fuentes son en realidad sencillas de explicar si se tienen en cuenta el método de trabajo y las intenciones del anónimo redactor de la *Carta*. Este recopiló informaciones y narraciones de fuentes diversas, las modificó como mejor le pareció y construyó con ellas una apología de los viajes de descubrimiento, personificados en Vesputio. Es bien sabido, por ejemplo, que el primer viaje de la *Lettera* incluye descripciones tomadas de cartas auténticas de Vesputio que se refieren a otro viaje posterior (23). En esa línea, no sorprende que el editor de la *Lettera* insertase el relato de la batalla de Guadalupe en un punto de la obra en el que no corresponde cronológicamente, y que hiciese de Vesputio un testigo presencial de los hechos, cuando en realidad este se encontraba en Andalucía por aquellas fechas. También resulta comprensible que el editor omitiese el motivo real de Colón para atacar Guadalupe, ya que era francamente poco glorioso. La figura del Almirante cobraba realce obviando el genuino motivo por el que ordenó el ataque —saquear alimentos para compensar una carencia de provisiones a bordo que se podría achacar, bien a un error de planificación, bien a una situación general de hambruna en La Isabela—, y atribuyéndolo a un supuesto espíritu de caballerosidad hacia los indios digno de Don Quijote. A su vez, el silenciar el motivo del asalto a Guadalupe condujo lógicamente al editor de la *Lettera* a omitir también el episodio del encuentro con las mujeres en la costa sur de la isla, en el cual los indios intérpretes declaraban venir solo en busca de alimentos.

Quedan por explicar las diferencias en relación con el nombre de la isla, así como la batalla terrestre añadida por la *Lettera*, y sospechamos que ambos puntos están ligados. En efecto, en el verano de 1496 una flotilla de tres naves capitaneada por Peralonso Niño llevó provisiones a La Española y regresó a Europa con trescientos indios esclavos a bordo. Estos prisioneros habían sido capturados por los colonos castellanos, capitaneados por Bartolomé Colón, en

(23) FERNÁNDEZ-ARMESTO, pp. 131-134.

la Vega Real el 27 de marzo de 1495, la única gran batalla campal entre europeos e indígenas americanos de la que tenemos noticia en estos años. Así, el autor de la *Lettera* parece haber amalgamado en su relato de la «batalla de Iti» informaciones correspondientes en realidad a tres eventos: la batalla terrestre en la isla de Haití de 1495, el ataque anfibio a Guadalupe de abril de 1496 y el embarque masivo de indios esclavizados en agosto de 1496.

En conclusión, las crónicas de origen colombino del ataque a Guadalupe en 1496 presentan numerosas similitudes con el relato contenido en la *Lettera a Soderini*, y las diferencias pueden explicarse de manera lógica. Si los asaltos anfibios con apoyo artillero hubiesen sido habituales a finales del siglo xv, se podría defender que el relato de la *Lettera*, quizá, narrase otra batalla algo posterior en el tiempo, o que fuese fruto de la pura imaginación de su anónimo autor. Pero este tipo de operaciones, como hemos visto, eran extremadamente novedosas para la época, por lo que lo más razonable es pensar que ambos relatos —el colombino y el de la *Lettera*— son en realidad dos versiones de un mismo hecho bélico.

Aceptada la hipótesis de que la *Carta* contiene una narración de la batalla de Guadalupe de 1496, surgen otras dos preguntas a las que se dará respuesta en las secciones siguientes. La primera es qué datos nuevos nos aporta este último documento para reconstruir dicha batalla; la segunda, a través de qué cauce llegó la información sobre la batalla al editor de la misiva que nos ocupa.

Reconstrucción de la batalla de Guadalupe a la luz de la *Lettera*

La *Lettera* nos permite complementar las crónicas colombinas y lograr una visión más detallada y cabal de la batalla de Guadalupe.

En primer lugar, nos precisa el significado de la locución «barcas bien armadas», usada por los cronistas colombinos. Se trataba de lanchas o bateles equipados con piezas de artillería, manejadas por lombarderos veteranos, como Antonio de Puertos. Son estas bombardas (o «esmeriles» en palabras de Herrera) las que disparan contra los indígenas, igual que había ocurrido en la batalla de Jamaica de 1494; y lo hacen en la fase inicial de la lucha, cuando las lanchas se están aproximando a la costa y los indígenas les lanzan flechas desde el agua. Las Casas y Colón deben de haber confundido la cronología de los hechos, porque si los navíos hubiesen bombardeado a los caribes durante el combate cuerpo a cuerpo, con la fuerza ya desembarcada, habrían causado muchas bajas propias.

Otro aspecto que se entiende mejor en la *Lettera* es la táctica de los indígenas. Cuando Las Casas dice que disparaban flechas contra los navíos pero no los alcanzaban, nos da una imagen de seres impotentes y militarmente ingenuos que solo pueden inspirar lástima. Sin embargo, en la *Carta* queda claro que las flechas iban dirigidas no contra las carabelas —que en efecto estaban fuera de su alcance—, sino contra las lanchas de desembarco. Los caribes, por

tanto, no eran idiotas, y de no ser por las bombardas de las barcas quizá habrían logrado repeler a los invasores.

También nos aporta la *Lettera* un relato más vívido del combate en tierra. Dura una hora, durante la cual los cristianos sufren bajas —que el relato colombino silencia— y solo consiguen abatir a algunos indígenas mediante ballestas y espingardas. Viene por fin el momento decisivo de la batalla, que no es la descarga artillera, como parece haber interpretado Las Casas, sino el combate cuerpo a cuerpo, en el que las armas europeas de acero se revelan netamente superiores a las indígenas.

Por último, las diferentes versiones de la *Lettera* aportan algunos datos numéricos sobre la batalla que, como siempre en estos casos, hay que tomar con mucha precaución. La fuerza defensora sumaría cuatrocientos hombres y muchas mujeres, de los cuales unos trescientos dispararon flechas contra las lanchas. Según el Manuscrito Amoretti, los indígenas sufrieron entre 36 y 40 bajas a causa de las cuatro descargas realizadas por las bombardas. La fuerza de desembarco habría sido de 42 cristianos, según la versión impresa, o de sesenta a tenor del Códice Amoretti.

En general, la *Lettera* aporta detalles sobre el combate de Guadalupe que no se encuentran en las crónicas de origen colombino, y el relato que ofrece de los acontecimientos es más coherente: los castellanos aplican la táctica, ya probada con éxito en Jamaica, de montar bombardas en las lanchas de desembarco; los indígenas intentan, razonablemente, repeler las lanchas a flechazos; las bombardas entran en acción cuando los adversarios están a distancia, no mezclados con los soldados propios... Todo ello sugiere que el autor de la *Lettera* tuvo acceso a una fuente de primera mano —algún testigo presencial de los hechos.

Transmisión del relato

Se da la circunstancia de que las dos fuentes «colombinas» mencionadas hasta ahora, las crónicas de Las Casas y Hernando Colón, son ambas muy posteriores a la *Lettera*. Y el relato de la batalla de Guadalupe no aparece en absoluto en la gran fuente contemporánea sobre los viajes de Colón: las *Decade de Orbe Novo* de Pietro Martire d'Anghiera, ni tampoco en las versiones pirata de ella que circularon por Italia en la primera década del siglo XVI (24). ¿Por qué canal le llegó entonces la información al editor de la *Lettera*, que se supone vivía en Lisboa?

Sería aventurado especular que el editor tuviera acceso a la narración original de Cristóbal Colón, en la cual se basaron posteriormente tanto su hijo Hernando como Las Casas. No sabemos cuándo ni quién puso por escrito el relato de Colón, que Las Casas parece haber tenido a la vista si creemos los «dice el Almirante» que va desgranando en el curso de la narración. De hecho,

(24) Agradezco este último dato a Luciano Formisano.

el relato de la batalla no parece haber circulado por escrito en los años inmediatamente posteriores a los hechos, pues en otro caso Pietro Martire lo habría recogido en sus *Decade*.

Existe una vía de transmisión más sencilla y lógica: el propio Américo Vespucio. En efecto, es muy probable que el florentino se entrevistase con Colón poco después del regreso de este a Andalucía en junio de 1496, es decir pocos meses después de la batalla de Guadalupe. Vespucio llevaba unos años trabajando junto a Juanoto Berardi, el factor de Cristóbal Colón en Sevilla, y en 1495-1496 los dos socios habían armado cuatro naves para enviar provisiones al Almirante en La Española. Berardi murió en diciembre de 1495, y en su testamento nombró a Vespucio albacea junto a su otro colaborador principal, Girolamo Rufaldi. En particular, Berardi encomendó a Vespucio y a Rufaldi que cobrasen una cantidad importante que le adeudaba Colón y que confiasen al Almirante el cuidado de su hija (25).

No existe constancia segura del paradero de Vespucio desde principios de febrero de 1496, cuando se encontraba en Sanlúcar de Barrameda despidiendo la flotilla de cuatro naves. Es probable que regresase a Sevilla poco después en compañía de Antonio de Torres (26). Tras el naufragio de las cuatro naves, y la consiguiente ruina económica de la casa Berardi, Vespucio pudo tratar de enrolarse en la armada siguiente, la capitaneada por Peralonso Niño, que ya se mencionó en la sección precedente; o bien consagrarse a recuperar deudas y esquivar acreedores, como parece haber hecho Rufaldi (27). Cualquiera de esas dos opciones le habría llevado a encontrarse con Colón ya que, cuando el Almirante arribó a Cádiz en junio de 1496, se encontró en el puerto justamente con la armada de Niño; así que, si Vespucio se contaba entre los tripulantes o pasajeros, vería en la ciudad gaditana a los retornados de La Española, de boca de quienes oiría la historia de la batalla de Guadalupe. Si, por el contrario, Vespucio seguía en Sevilla, ocupado, como Rufaldi, en hacer cumplir el testamento de Berardi, sin duda se apresuraría a encontrarse con Colón, que era uno de sus mayo-

(25) Testamento (*sic*) de Juanoto Berardi. Sevilla, 15 de diciembre de 1495. Documento conservado en el Archivo de la Casa de Alba y que, a pesar del título que se le ha impuesto, no es el testamento sino un codicilo, ya que el propio texto afirma que el testamento había sido otorgado el día anterior. Transcrito en PÉREZ DE TUDELA, doc. 320.

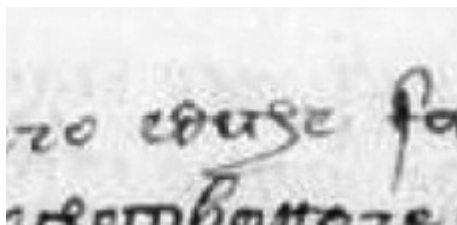
(26) ROBLES MACÍAS.

(27) AGS, RGS, leg. 149603, f. 112. Comisión al conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, a petición de Juan de Escalante, cambiador en esa ciudad, y de Jerónimo Rufaldi, «mercader senes estante en la dicha çibdad», en nombre de los hijos y herederos de Ambrosio Espanoche y la compañía de Valencia, sobre las muchas deudas que no pueden cobrar. Tortosa, 29 de marzo de 1496. *Ibidem*, leg. 149706-314. Comisión a Juan de Silva, conde de Cifuentes, para que determine en la demanda de Bartolomé Marchioni, mercader florentino y residente en Lisboa, a quien debía cierta cantidad Juanoto Bernardi, también mercader florentino. Muerto este, aquel pensaba cobrar de Alonso de Lugo, gobernador de la «Palma» de Tenerife, a cuenta de una deuda que tenía con el difunto desde el tiempo de la conquista de la isla de la Palma, pero el poderhabiente de dicho Juanoto, Jerónimo Rufaldi, hizo cuentas engañosas con intención de no pagar al primero. Valladolid, 24 de junio de 1497.

res deudores. En este caso pudo oír el relato de la batalla de labios del propio Almirante.

Algún tiempo después —meses o quizá años—, Vespucio debió de poner por escrito el relato de la batalla de Guadalupe en alguna carta privada hoy perdida. El contenido de esta carta de Vespucio, junto con el de algunas otras, llegó eventualmente a una persona de Lisboa, quien decidió incluir dicho relato en la *Lettera* reemplazando a Colón por Vespucio como protagonista —por ignorancia o por conveniencia literaria— y ubicándolo en una fecha y lugar distintos de los reales.

De hecho, existe una pequeña anomalía en la versión Amoretti de la *Lettera* que respalda esta hipótesis. Todas las versiones de esta obra, tanto las impresas como las manuscritas, están redactadas en primera persona, como si Vespucio narrase sus propias vivencias a cierto alto cargo de la república de Florencia. Sin embargo, en la versión Amoretti existe un caso —creemos que único— en que una frase del texto comienza con «E di che...» (en castellano, «Y dice que...»), es decir el narrador introduce en la historia un pasaje en tercera persona, diríase que basándose en lo que alguien que no es él ha dicho o escrito. Esta discordancia estilística se encuentra precisamente en el relato de la batalla de Guadalupe, cuando los castellanos acaban de disparar la artillería y deciden desembarcar. Su presencia ahí es coherente con la hipótesis de que Vespucio, en su carta privada, relatase la batalla en tercera persona, basándose en el testimonio de algún testigo presencial. El creador de la *Lettera* parece haber convertido todo el relato a la primera persona, pero con un lapsus en este «E di che...», el cual sobrevivió en la copia Amoretti pero fue corregido por los editores de las versiones impresas en italiano y latín.



Fragmento del manuscrito Amoretti de la *Lettera* donde dice «e di che». La imagen digital del manuscrito es cortesía de la Biblioteca del Congreso de los EE.UU.

Conclusiones

Se ha reconstruido el asalto castellano a Guadalupe en abril de 1496, una batalla hasta ahora poco comentada y que sin embargo es importante para la historia militar, por ser una de las primeras ocasiones en que se utilizó artillería naval para apoyar un desembarco anfibia. Se trató de una operación

premeditada, motivada por la escasez de provisiones a bordo de las carabelas de Colón, y que se saldó con victoria castellana.

Un precedente directo de la batalla de Guadalupe parece haber ocurrido en mayo de 1494 en Jamaica. Del cotejo de varias fuentes se concluye que en esta ocasión los descubridores castellanos al mando de Colón instalaron bombardas en sus lanchas y las dispararon contra los indígenas que pretendían impedir su desembarco. De haber sido así, constituiría el primer caso documentado de asalto anfibio con apoyo artillero naval de toda la historia.

Las fuentes colombinas (Hernando Colón y Bartolomé de Las Casas) narran la batalla de Guadalupe de manera relativamente completa, pero se diría que contienen algunas incoherencias y ambigüedades. El combate se omite en otras fuentes contemporáneas, como las *Decade* de Pietro Martire o las cartas del propio Almirante.

Creemos haber demostrado que el relato de la batalla de Guadalupe aparece en una fuente hasta ahora pasada por alto: la *Lettera a Soderini*, publicada en nombre de Américo Vespucio, la cual sin embargo sitúa el combate en una isla llamada Iti hacia 1498. Esta fuente vespuciana rellena algunas de las lagunas dejadas por las fuentes colombinas respecto de la batalla en cuestión. Y así, la *Carta* precisa el uso de la artillería, que fue instalada en las lanchas de desembarco de manera similar a como se hizo en la batalla de Jamaica de 1494 —detalle que sí recogió correctamente un cronista posterior, Antonio de Herrera—. Resultan también más coherentes tanto la táctica inicial de los caribes como las diferentes fases de la batalla. Si bien la artillería contribuyó a ahuyentar a los indígenas de la playa, los castellanos solo alcanzaron la victoria final cuando trabaron combate cuerpo a cuerpo y pudieron usar sus armas y protecciones de acero.

De las diferentes versiones en las que ha llegado hasta nosotros la *Lettera*, la del Códice Amoretti es la que proporciona más detalles sobre la batalla de Iti/Guadalupe. Además, curiosamente este manuscrito es la única versión que contiene una anomalía de estilo que sugiere que el autor original del relato de la batalla pudo haberlo escrito en tercera persona, trasladando la información recibida quizá de algún testigo presencial. Son datos a tener en cuenta en el futuro a la hora de insertar el Manuscrito Amoretti en el árbol genealógico de la *Lettera a Soderini*.

Se ha mostrado también que es muy probable que Américo Vespucio se entrevistase con Colón en junio de 1496, justo después del regreso de este a Andalucía. Vespucio debió de escuchar el relato de la batalla de Guadalupe, bien del propio Almirante, bien de alguno de los que participaron en ella. Conocida la afición epistolar del florentino, no es de extrañar que pusiese el relato por escrito y lo enviase por carta a algún destinatario, el cual, pasados los años, lo reciclaría para añadirlo a un nuevo éxito editorial a mayor gloria de Vespucio, haciéndolo partícipe de la batalla y tergiversando la fecha y el nombre de la isla.

En conclusión, la identificación del relato vespuciano de la batalla de Iti con la batalla real de Guadalupe, en la que es absolutamente seguro que

Vespucio no participó, arroja luz sobre el método de elaboración de la *Lettera a Soderini* a la vez que nos proporciona detalles valiosos para reconstruir unas operaciones anfibia de singular importancia en la historia militar.

Bibliografía (*)

- CLOUGH, Cecil H.: «The Romagna campaign of 1494: a significant military encounter», en ABULAFIA, David S. (dir.): *The French Descent into Renaissance Italy 1494-95: Antecedents and Effects*. Aldershot (Inglaterra), 1995, pp. 191-215.
- COLÓN, Hernando: *Historie del S.D. Fernando Colombo; nelle s'ha particolare et vere relatione della vita e de fatti dell'Almiraglio D. Christoforo Colombo suo padre. Apresso Francesco de'Franceschi Sanese, Venezia, 1571*, <https://archive.org/details/historiedelsdfer00coln>
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe: *Amerigo. The Man Who Gave His Name to America*. Nicholson, Londres, 2006.
- FORMISANO, Luciano: «Un inedito vespuciano: la redazione Amoretti della lettera a Pier Soderini», en D'ARIENZO, Luisa (dir.): *Sardegna, Mediterraneo e Atlantico tra Medioevo ed Età moderna. Studi storici in memoria di Alberto Boscolo*. Bulzoni, Roma, 1993, vol. III, pp. 369-396.
- FORMISANO, Luciano, y MASETTI, Carla: *America sive Mundus Novus. Le Lettere a Stampa Attribuite ad Amerigo Vespucci*. Società Geografica Italiana, Roma, 2007.
- GIL, Juan, y VARELA, Consuelo: *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*. Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar oceano. Década Primera. En la Emplenta Real, Madrid, 1601*, https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Antonio_de_Herrera_D%C3%A9cadas_1_y_2.pdf
- LABORDE, H.F. de: *L'expédition de Charles VIII en Italie: histoire diplomatique et militaire*. Firmin-Didot et Cie., París, 1888, <https://archive.org/details/lexpditiondecha00delagoog>
- LAS CASAS, Bartolomé de: *Historia de las Indias* (ed. según el manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de España). Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1986.
- LEÓN GUERRERO, M.^a Montserrat: *El segundo viaje colombino* (tesis doctoral). Universidad de Valladolid, 2000, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-segundo-viaje-colombino-0/>
- MCINTOSH, Gregory C.: «Martin Waldseemüller, Amerigo Vespucci, and the So-Called “Error” of the “Abbey of All Saints”», en *Terrae Incognitae*, vol. 43, núm. 2, 2011, pp. 134-159.
- MORISON, Samuel Eliot: *Admiral of the Ocean Sea. A life of Christopher Columbus*. Little, Brown & Company, Boston, 1942 (reimpresión en agosto de 1954).
- PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, Juan (ed.): *Colección documental del Descubrimiento (1470-1506)*, 3 vols. Fundación Mapfre América, Madrid, 1994.
- ROBLES MACÍAS, Luis A.: «Américo Vespucio en Sanlúcar de Barrameda en 1496», en *Cartare*, núm. 5, 2015, pp. 1-30. http://www.academia.edu/14301348/Amerigo_Vespucci_en_Sanl%C3%BAcar_de_Barrameda_en_1496
- TRIM, David, y FISSEL, Mark Charles (dirs.): *Amphibious Warfare 1000-1700: Commerce, State Formation and European Expansion*. Brill, Leiden (Holanda), 2006.

(*) Deseamos dejar constancia de nuestra gratitud a María Rodríguez Vital por su ayuda en el acceso a la bibliografía consultada.

APÉNDICE

La primera batalla de Iti en la *Lettera a Soderini*

Se transcriben en paralelo la versión impresa en italiano y la manuscrita del Códice Amoretti. Esta última se ha tomado de Formisano (1993).

<i>VERSIÓN IMPRESA EN ITALIANO</i>	<i>VERSIÓN MANUSCRITA DEL CÓDICE AMORETTI</i>
Et così ci partimo da queste genti, lassandoli molto amici nostri. Et rimediate nostre navi, et navigando septe giorni alla volta del mare per el vento infra greco et levante, et al capo delli septe giorni riscontrammo nelle isole, che eron molte, et alcune populate et altre deserte.	E chosì ci partimo da questa gente lascandoli molti amici nostri, e rimediate nostre navi, navichamo 7 dì all[a] volta del mare per el vento tra grecho e llevanto. E in chapo di 7 dì arrivamo a isole che ve n'er[a] alchuna di gran populatione [e altre] diserte,
et surgemmo con una di epse, dove vedemmo molta gente che la chiamavano Iti: et stipati e' nostri battelli di buona gente et in ciaschuno tre tiri di bombarde, fumo alla volta di terra, dove trovammo state al piè di .400. huomini et molte donne, et tucti disnudi come e' passati.	e aprodamo a ese, dove vedemo molte gente che le cham[a]vano Itij; e pieni e' nostri bategli di buona gente, mettemo in caschuno 3 boche d'artiglerie, e andamo alla volta di terra, dove vedemo più di 400 huomini e molte donne, tuti ignudi chome e' passati,
eron di buon corpo, et ben parevano huomini bellicosì, perchè erono armati di loro armi, che sono archi, saette et lance, et la maggior parte dei loro tenevano tavolaccine quadrate, et di modo se le ponevano che non gli impedivono el trare dello archo.	ed erano di bella statura e bene formati, che beneve parevano li uomini bellichosì, e perchè erano armati di loro armi, chome sono archi e'ssaette e lencie, e la magor parte tenevano tavole quadrate e ponevonsele al petto e asetavonsele i'modo che non davano loro inpacco nessuno al menare la lanca né a trarre loro archi.
et come fumo circha di terra con li battelli ad un tiro d'archo, tutti saltoron nell'acqua a tirarci saette et difenderci che non saltassimo in terra:	E chome fumo cho' nostri battegli presso a terra a un trarre d'archo, saltorono ne l'achua circha 300 e chomincorono cho [lo]ro arch[i] a saetarci per difendere el porto che noi non saltassimo in terra;
et tutti eron dipincti e' corpi loro di diversi colori et impiumati con penne: et ci dicevano, le lingue che con noi erano, che quando così si mostravano dipincti et inpiumati, che davon segnale di voler combattere.	ed erano ttutti e' loro chorpi dipinti di diversi cholori e ttutti inpiumati di diversi cholori che non l'adoprano se none a questo modo dipinti e'npiumati, che davano segnali di volere chonbattere;
Et tanto perseveroron in defenderci la terra, che fumo sforzati a giocare con nostre artiglerie; et come sentirono el tuono et vidono de' loro cader morti alchuni, tucti si trasseno alla terra:	e tanto ci chontastavano allo smontare in terra, che fumo forzati a sparare nostre artiglerie; e tr[a]endo 4 volte, chome sentirono el tuono, vedesti alchuno di loro chadere stramazati e poi per l'achua affogare, che, sechondo potemo chonprendere, furono circha di 36 / 40, e tuti gli altri si misono in fuga e lascoronci el porto libero.
per onde, facto nostro consiglio, accordammo saltare in terra .42. di noi, et se ci aspeectassimo, combatter con loro.	E di che, fatto nostro chonsiglio, c'achordamo di saltare in terra sesanta di noi e, se c'aspe-tassimo, chombattere cho loro;

così saltati in terra con nostre armi, loro si vennono a noi, et combattemo a circha d'una hora, che poco vantaggio levammo loro, salvo che e' nostri balestrieri et spingardieri ne amazavano alcuno, et loro feriron certi nostri: et questo era perchè non ci aspectavano non al tiro di lancia nè di spada.	e saltati in terra, cho nostre arme c'asaltamo insieme e chonbattemo circha di una ora, e pocho vantagio avemo da loro, salvo ch'e' nostri balestri[eri e] spingardieri gl'uccidevano quantità, e'lloro ferirono certi de' nostri, e questo era perchè non tra[e]vamo a un tiro di lanca né di spada;
et tanta forza ponemmo alfine, che venimo al tiro delle spade, et come ghustassino le nostre armi, si missono in fuga per e' monti et boschi, et ci lascioron vincitori del campo con molti di loro morti et assai feriri,	alfine tanta forzza facemo loro, che venimo al fatto delle spade e chomincoro nostre arme assagare. Tuti si missono in fuga per monti e boschi, e chosi ci lascorono vincitori della battaglia cho molti di loro morti e più feriti;
et per questo giorno non travagliammo altrimenti di dare loro drieto, perchè stavamo molto affatichati,	e per questo non volemo andare altrimenti loro dietro, perchè eravamo molti afatichati,
et ce ne tornammo alle navi, con tanta allegrezza de' septe huomini che con noi eron venuti che non capivano in loro	e tornamoci alle nave; e non si potrebe dire l'allegreza che mostrorono quegli 7 huomini, tanto che non chapevano nelle pelle.